

6 de octubre, lunes

Capítulo 1

Regan Reilly estaba sentada al arañado escritorio de roble de su acogedor despacho de Hollywood Boulevard, en Los Ángeles. Las promotoras inmobiliarias se morían de ganas de incrustarle una bola de demolición a la añeja construcción, pero, hasta el momento, el edificio había conseguido mantenerse en pie, algo que hacía verdaderamente feliz a Regan. Como detective privado que trabajaba sola, a Regan le encantaba todo lo relacionado con su trabajo, a excepción del hecho de que la mantuviera a casi cinco mil kilómetros de distancia de su novio, Jack Reilly, con el que salía desde hacía diez meses. Jack era el jefe de la Brigada de Casos Especiales de Manhattan, e iba a ir a pasar el fin de semana siguiente con ella, aunque para eso quedaban todavía otros cuatro días.

Vaya con las mañanas de los lunes, pensó Regan mientras le daba un sorbo al café; aunque te guste tu trabajo, son un infierno. No sé que tienen, pero algo tienen. Para empezar, te amargan la noche de los domingos. Aunque no debería de quejarme, reflexionó; esta mañana de lunes me acerca un día al momento de ver a Jack.

La tempranera tranquilidad de aquella mañana de octubre se vio rota por el timbre del teléfono.

—Regan Reilly al aparato.

—¡Uau! ¿De verdad estoy hablando con Regan Reilly al cabo de tantos años? —preguntó una voz masculina.

—Sí, habla con Regan Reilly —le aseguró ella a su interlocutor—. ¿Con quién hablo?

—¿No te acuerdas de mí?

Ya estamos, pensó Regan. No son ni siquiera las nueve de la mañana de un lunes y ya tenemos al tarado de turno al teléfono. ¿Es que esta gente no descansa nunca?

—No tengo ni idea de quién es usted —se limitó a responder Regan mientras encendía el ordenador.

—Bueno, te daré tres oportunidades. Pero sólo tres.

Y todo esto antes de mi primera taza de café, pensó Regan.

—¿Por qué no llama más tarde? —sugirió al extraño—. Estoy segura de que para entonces habrá logrado averiguar quién es. Adiós. —Empezó a bajar el auricular, cuando oyó un grito procedente del otro extremo de la línea.

—¡Espera! Soy Danny Madley, Regan. El niño árbol.

La mano de Regan se paralizó en el aire, mientras su mente retrocedía en el tiempo a toda velocidad. El niño árbol. No, no podía ser. Volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—¿El niño árbol?

—Sí —contestó triunfalmente el sujeto.

—Danny Madley. —Regan rió—. Tengo la impresión de que no has cambiado un ápice. —Y se imaginó al niño larguirucho de sus días en la escuela de primaria en Nueva Jersey. Danny era el payaso de la clase, el que siempre andaba tramando algo. En segundo, la profesora se había negado a darle un papel hablado en la representación escolar de *El mago de Oz* por lo pesado que se había puesto pidiéndolo, así que le había asignado el papel de uno de los árboles. Pero, por supuesto, en *El mago de Oz* los árboles hablan, y Danny consiguió soltar algunas frases que él mismo había escrito especialmente para la ocasión. Incluso se había llenado los bolsillos de manzanas para tirárselas a la pobre Dorothy en la escena en que se pierde; escena que la profesora había eliminado a propósito de la versión oficial de la obra. Después de aquello, Danny sería conocido para siempre entre sus condiscípulos como el niño árbol; es decir, después de que se pasó una semana de solitario confinamiento en un rincón del despacho del director.

—¿Se nota que no he crecido?

—Eso puede estar bien —contestó Regan—. Bueno, Danny, ¿a qué debo el honor de esta llamada?

—Para empezar tengo que decirte que sé que eres detective privada.

—Así que sabes eso, ¿eh?

—Sí. Siempre hablan de ti en los artículos sobre tu madre y sus libros. No hace mucho leí algo acerca del secuestro de tu padre. Y también sé que tu nuevo novio se apellida Reilly. Muy bueno eso.

Los pensamientos de Regan vagaron hasta las Navidades, cuando su padre había sido raptado en Nueva York. Fue entonces cuando conoció a Jack. Él había llevado la investigación, y había trabajado día y noche para conseguir que Luke volviera. Jack siempre bromeaba diciendo que aquello ayudaba a ganarse la simpatía de la familia de una chica desde el principio. Y Luke, por su parte, no paraba de insistir en que él haría lo que fuera con tal de contribuir a la felicidad de su niña... incluso si ello implicaba ser raptado. La madre de Regan, Nora, la escritora de novelas policiales, estaba simplemente entusiasmada con que Regan hubiera encontrado por fin a un novio decente, por más que se hubieran conocido por casualidad. Regan sonrió al recordarlo.

—Jack Reilly es un gran tipo —informó a Danny.

—Estoy seguro de que lo es. Regan, te busqué en la página de Nuestra Señora del Buen Consejo en Internet y vi que te habías registrado. Así fue como conseguí tu número de teléfono.

—Esas páginas escolares son bastante divertidas, así que pensé: ¿por qué no? —dijo Regan, retrepándose en la silla—. Es fantástico tener noticias de los viejos amigos, y además es una buena manera de interconectarse.

—Ésa es la razón por la que te llamó. Lo cierto, Regan, es que necesito tu ayuda.

Vaya por Dios, pensó Regan. Conociendo como conocía a Danny, ¿qué podría estar tramando en ese momento?

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Regan.

—Verás, vivo en Las Vegas y trabajo en la televisión. Fui contratado para producir un *reality show*, pero la emisión de mi programa depende de un concurso.

Justo lo que necesita el mundo, pensó Regan: otro *reality show*.

—Un tipo llamado Roscoe Parker, que lleva años moviéndose por aquí, posee una emisora local de televisión por cable llamada Canal Globo, también conocida por Hot Air Cable. Esto se debe a que también es propietario de una compañía de globos aerostáticos. En resumidas cuentas, el tipo tiene un montón de pasta. Parker me dio el dinero para producir un *reality show*, pero al mismo tiempo está financiando a otra persona para que produzca una comedia de situación. Y los dos programas están relacionados con los globos aerostáticos. Esta semana vamos a realizar los programas pilotos para enseñárselos a Roscoe el viernes por la tarde, y el que más le guste será el que ponga en antena el viernes por la noche.

—Eso es todo un reto para ti —comentó Regan.

—No andas desencaminada. La emisora de Roscoe es pequeña, pero está creciendo. Esto es una gran oportunidad para mí. Si mi programa sale elegido, tendré un espacio habitual en la programación del Canal Globo. Pero las cosas han empezado a no ir bien en el estudio. Ayer nos robaron una de las cámaras; luego, cuando estaba grabando una presentación para el programa en el campo de vuelo de los globos aerostáticos, la plataforma sobre la que me encontraba se hundió conmigo encima. Creo que alguien intenta sabotear mi trabajo. Así que me preguntaba si podrías venir a Las Vegas unos cuantos días y echarme una mano.

Regan temía preguntarlo, pero logró superar sus temores.

—¿De qué trata tu programa?

—Se llama *Amor sobre el nivel del mar. Bálsamo de Fierabrás contra el desamor conyugal*.

—¿Perdón?

—Mira, mi intención era hacer un programa para matrimonios. Hay un montón de *reality shows* sobre solteros y solteras que andan en busca del amor. ¿Y qué pasa con la gente que lo ha encontrado y está necesitada de un poco de ayuda para mantenerlo? En el programa hacemos que tres parejas, que en el mejor de los casos ya no creen encontrarse en su luna miel, pasen una semana en Las Vegas recuperando el amor que conocieron una vez. Al final de la semana, los consultores sentimentales, Tía Agonías y Tío Acidez, decidirán cuál es la pareja que de verdad merece renovar sus votos. Acudiremos a la Feria del Globo Aerostático de Albuquerque en el

avión privado de Roscoe, y, en cuanto salga el sol el viernes por la mañana, nos subiremos todos a un globo con forma de tarta nupcial. Con una cámara, por supuesto. Y una vez arriba, se proclamará la pareja ganadora; entonces, él y ella renovarán sus votos y volverán de nuevo a la tierra con un millón de dólares.

No tengo palabras, pensó Regan.

—Regan, ¿estás ahí? —preguntó Danny con preocupación.

—Por supuesto. —Regan se aclaró la garganta—. Sólo por curiosidad, ¿dónde encontraste a esas parejas?

—De eso se encargó la gente de Roscoe. Supongo que tenían dónde escoger. Queríamos parejas que necesitaran nuestra ayuda y pudieran sacarle provecho a un poco de excitación en su relación. A mi modo de ver, éste es el único *reality show* que proporciona una verdadera contribución positiva a la sociedad. Si podemos conseguir que una sola pareja reavive la llama perdida, entonces habremos hecho nuestro trabajo.

Pensar en un millón de dólares haría que cualquier pareja hiciera lo que fuera por reavivarla, caviló Regan.

—¿Así que quieres que vaya a Las Vegas?

—Sé que puedo confiar en ti.

—¿En serio?

—Cualquiera que haya sobrevivido a la escuela primaria con uno debería poder confiar. Entre dos personas que se han sentado juntas en la misma clase durante ocho años hay un vínculo permanente.

—Eso es cierto. —Regan rió—. Pero tengo que decirte una cosa: conozco al menos a una persona de nuestra clase que ha estado a la sombra. Por robo de tarjetas de crédito. Por más años que nos hubiéramos sentado juntos, nunca le pediría que me guardara la tarjeta.

—Deja que lo adivine: Bobby Hastings.

—¡Bingo!

—Bueno, mucho me temo que, cuando menos, hay algún elemento como Bobby Hastings merodeando por mi programa. Y me temo que, quien quiera que sea, me va a causar más problemas.

Regan abrió el cajón del escritorio y sacó su fiel bloc reglamentario. Esto es lo que consigo por inscribirme en la página *web*

del colegio, concluyó. ¿Cómo era aquel viejo refrán... Ir a por lana, y salir trasquilado? Cogió una pluma.

—Muy bien, Danny. Tengo que hacerte alguna pregunta más. Luego, llamaré a la compañía aérea; estoy segura de que podré coger un avión a Las Vegas esta tarde. Pero tengo que estar de vuelta el viernes por la noche.

—No te preocupes, Regan. El programa estará terminado el viernes... de una manera u otra.

Capítulo 2

Roscoe Parker dio un puñetazo en el enorme escritorio de caoba y se rió entre dientes. Estaba mirando una de las dieciséis pantallas de vídeo montadas en una de las paredes de su despacho privado. Detrás de él había colgado un gran logotipo de su Canal Globo: la foto de un globo aerostático multicolor que se alejaba, flotando oníricamente, por los cielos que cubrían la mayor parte de la pared de detrás del escritorio. No muy lejos, se podía ver una placa enmarcada en la que estaba inscrita la Oración de los Aeróstatas. Aquella habitación era el sanctasanctórum de Roscoe Parker, y sólo sus asesores de más confianza tenían permitido el acceso a la estancia. Bueno, no es que le asesoraran mucho; más bien se limitaban a hacer todo cuanto él les decía que hicieran. Era un trabajo muy bien remunerado.

Roscoe se veía a sí mismo como una mezcla de Howard Hughes y Merv Griffin, aunque al contrario que aquél, a Roscoe le gustaba levantarse de la cama y alternar. Nada de esconderse en la suite de un hotel durante años, intentando apoderarse de Las Vegas sin ver a nadie; ni nada de comer siempre la misma comida aburrida con las cortinas permanentemente corridas. A Roscoe le gustaba estar en el candelero y divertirse mientras conseguía su objetivo. Al igual que Howard Hughes, quería influir en Las Vegas; y, al igual que Merv Griffin, deseaba levantar un imperio. Todavía no poseía un gran hotel, como Merv, aunque tenía una empresa de globos aeros-

táticos y una emisora de televisión por cable a la que él imaginaba como la futura HBO. Lo que sí le preocupaba es que, al contrario que Merv, a él no se le hubiera ocurrido una idea original para un programa concurso de éxito. Los siempre populares *Jeopardy* y *La Ruleta de la Fortuna* eran creaciones de Merv, y no mostraban ninguna señal de agotamiento. Lo que se le había ocurrido a Roscoe fue organizar un concurso que enfrentara a un *reality show* y a una comedia de situación para ver cuál de las dos tendría más atractivo.

En esos días todo era cuestión de programas en directo contra televisión preparada de antemano. ¿Qué era lo que más entretenía? ¿Cuál era el futuro de la televisión? La incertidumbre estaba volviendo loca a mucha gente del mundo del espectáculo. Pero a Roscoe le encantaba el frenesí: su lema era: «La competencia es lo que hace grande a Estados Unidos.»

Roscoe observó las pantallas que mostraban los tejemanejes de *Amor sobre el nivel del mar* y de la comedia de situación *Llévame a lo más alto*. Los dos equipos estaban nerviosos, algo que le procuró un placer inconmensurable.

—¡La ley del más fuerte! —gritó, golpeando la fusta de montar contra el escritorio. Roscoe no montaba a caballo; en realidad, los caballos le daban miedo, aunque le gustaba llamar la atención. Roscoe hacía la mayor parte de las cosas para llamar la atención. En los últimos tiempos le había dado por comprarse botas de vaquero tachonadas y joyas macizas. Las joyas eran para él, algo que había consternado no poco a su resignada y omnipresente novia, Kitty, a la sazón acurrucada en el sofá de piel de color rojo leyendo una novela romántica y mascando chicle. Ya cincuentona, Kitty sabía que era imposible encontrar al hombre perfecto. Llevaba casi un año con Roscoe y, aun cuando éste podía llegar a ser excéntrico y obsesivo, se había resignado a él. Ella estaba escuchando con una oreja las divagaciones de Roscoe, porque la mayoría de las veces su novio resultaba divertido, y bien sabía Dios que era rico. No obstante, últimamente a Kitty le sacaba de quicio hasta qué punto aquel proyecto televisivo se había apoderado de la vida de Roscoe. Y consideraba que era un poco macabra la manera que tenía él de obtener semejante placer del sufrimiento ajeno. Y lo peor de todo, es que se acababa de comprar otra cadena de oro.

Roscoe era un tipo de sesenta y cuatro años de aspecto corriente, ligeramente barrigón y con un pelo cada vez más escaso que teñía cada tres semanas, lo necesitara o no. Había amasado millones a lo largo de los años gracias a diversas operaciones, y acababa de heredar una bonita suma de un tío al que había perdido el rastro hacía mucho tiempo y que estaba encantado de echarle una mano desde el más allá; y por si fuera poco, incluso había conseguido ganar un millón en la lotería, cuando un millón significaba realmente algo. Hacía dos años, después de un problema grave de salud, Roscoe había tenido una revelación. A partir de entonces decidió que se divertiría más con su dinero mientras intentaba apoderarse de la ciudad, aun cuando ello significara poner en peligro su dinero.

En otras palabras: dejó de ser un agarrado.

En ese momento, sus dos asesores de confianza, los principales ejecutivos de Hot Air Cable, estaban sentados en los sillones de ante de primerísima calidad situados al otro lado del escritorio de Roscoe.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó Roscoe al hombre y a la mujer que tenía sentados frente a sí. A punto de cumplir los treinta años, Erene, una chica sensata de facciones angulosas, había seguido multitud de cursos de gestión empresarial en la universidad y le gustaba citar encuestas y estudios de toda laya. El pelo castaño claro le llegaba a los hombros e iba siempre ataviada con trajes serios y anodinos. Era la clase de persona práctica y con fe en las cifras, cuya mirada despedía fuego. Leo era un pelirrojo bajo y fornido de unos treinta y tantos años. Había tenido varios empleos como publicista y se vestía con camisas hawaianas; se consideraba la fuerza creativa de Hot Air Cable.

—Bueno, señor... —empezó Erene.

—Bueno ¿qué? —exigió Roscoe, dando golpecitos en el escritorio con la fusta—. ¿Cuáles son nuestros planes para exacerbar la competencia y que Hot Air Cable acabe dando con un éxito?

En el rincón, Kitty puso los ojos en blanco mientras pasaba la hoja de su libro.

Erene se aclaró la garganta y volvió a empezar.

—Se nos han ocurrido una serie de ideas que confiamos encontrará satisfactorias...

Capítulo 3

Tras reservar una plaza en el vuelo de la tarde a Las Vegas, Regan cerró la oficina y se dirigió en coche a su apartamento de Hollywood Hills. Abrió la puerta, entró y le inundó la sensación de paz que experimentaba siempre que volvía a su morada. El apartamento de dos dormitorios, enclavado en las colinas, poseía una cualidad relajante.

Excepto cuando Regan abría el armario empotrado del vestíbulo delantero.

Allí era donde guardaba las maletas, así como un montón de objetos de lo más variado, entre los que se contaban los utensilios de deporte, la decoración navideña, algunos paraguas y dos viejas reproductoras de cintas que probablemente no volvería a utilizar nunca más, pero de las que era incapaz de deshacerse. Todo el mundo tiene un armario empotrado como éste, se dijo Regan mientras sacaba una maleta mediana con ruedas del estante superior y la arrastraba hasta el dormitorio. La dejó sobre la cama, se sentó y llamó a Jack.

—¿Que te vas a Las Vegas? Tal vez debería reunirme contigo allí el fin de semana —sugirió Jack.

—Veamos cómo marcha esto —respondió Regan—. Pudiera ser que para entonces quisiera escapar de tantas luces brillantes. —Regan miró la foto de ambos situada junto a la cama. Jack tenía el pelo

rubio rojizo, unas facciones fuertes y regulares y medía casi un metro noventa de altura. Por su parte, Regan había heredado la morena belleza irlandesa de la parte Reilly de la familia: el pelo negro como el azabache, los ojos azules y la piel blanca. Jack tenía treinta y cuatro años: ella, treinta y uno. La gente solía comentar que se complementaban de maravilla.

—¿Así que conoces a ese tipo desde la primaria? —preguntó Jack—. Espero que no reavives viejos amoríos.

—Créeme —dijo Regan con una carcajada—. Lo recuerdo como a un niño muy mono, pero no es mi tipo.

—En fin, Regan, me alegra saber que velarás por que el mundo siga siendo un lugar seguro para los *reality shows*. Pero ten cuidado, ¿me harás ese favor?

—Haré todo lo que pueda.

—No veo la hora de que llegue el fin de semana. Llámame en cuanto llegues a Las Vegas.

—Lo haré. —Regan colgó y llamó a sus padres; le gustaba avisarlos siempre que se ausentaba de la ciudad.

—¿Cómo está Jack? —le preguntó su madre a los dos segundos de que Regan dijera hola. En esos días siempre era la primera pregunta.

—Estupendamente, mamá. —Regan sonrió y pasó a contarle lo de su viaje a Las Vegas.

—Papá y yo nos vamos a Santa Fe mañana.

—Me había olvidado de eso —admitió Regan.

—Voy a dar una charla en un congreso de escritores.

Nora era una escritora de novelas policíacas de gran éxito y solía hablar a grupos de escritores, tanto noveles como consagrados. Luke era propietario de tres funerarias. Llevaban felizmente casados treinta y cinco años.

—Nos quedaremos algunos días más en la casa que los Rosenberg tienen allí. A Harry le encantan esos globos aerostáticos y quiere llevarnos a la feria que se celebra en Albuquerque a final de semana. Uno de los días, hay un desfile de globos con «formas especiales» y supongo que debe de ser algo digno de verse. Imagínate, globos de todos los aspectos, desde latas de cerveza hasta personajes de dibujos animados. Harry nos ha dicho que es un acon-

tecimiento fantástico. —Harry Rosenberg era el agente literario de toda la vida de Nora y un gran amigo. Su esposa, Linda Ashby, era pintora.

—Resulta gracioso —dijo Regan—. El tipo que patrocina el *reality show* de Danny es un personaje muy importante dentro del mundo de los globos aerostáticos. La pareja ganadora va a renovar sus votos en un globo durante esa feria —explicó—. Así que estaré allí el viernes, y tendremos que retransmitirlo.

—¿Te vas a subir a ese globo? —preguntó Nora con preocupación.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Danny me pondrá al corriente de todo cuando lo vea. Ahora debo colgar, mamá. Tengo que hacer la maleta.

—Estaremos en contacto. Me llevo el móvil. Y he de decirte que la idea de que subas a uno de esos globos no me entusiasma.

—No te preocupes, mamá. Todo irá bien. En cualquier caso, he oído que es la forma más segura de volar.

—Para que lo sepas, te puedes enredar en el tendido telefónico. Y la única vez que me subí a un globo con tu padre, tuvimos un aterrizaje bastante complicado. Fíjate lo que te digo, la cesta golpeó el suelo tres veces antes de que se detuviera y pudiéramos saltar fuera.

—Confío en que las botellas de champán no se rompieran —dijo Regan.

—Estaban en la nevera del vehículo de apoyo. Una vez en tierra firme, brindamos de buena gana.

—Eso está bien. Mamá, de verdad, tengo que hacer el equipaje.

—De acuerdo, mantente en contacto.

—Hablaré contigo a lo largo de la semana. Dale un beso a papá.

Regan abrió rápidamente el cajón superior de la cómoda y sonrió para sí, preguntándose si no debería sacar del armario empotrado las espinilleras y las coderas. Unas y otras eran vestigios de sus días de patinadora con ruedas, días que, a la postre, no habían resultado ser muchos. Un antiguo novio, del que Regan pensaba que tenía una veta sádica, la había convencido para que se comprara toda la parafernalia que exigía la actividad. Después de la tercera caída sobre el pavimento en el lapso de diez minutos, ella se rindió. El

armario del pasillo acogió varios artículos más que no habrían de tener más destino que el de acumular polvo.

Gracias, Dios mío, por Jack, pensó Regan. Por otro lado, él siempre estaba intentando protegerla. Pasaré como sea esta semana en Las Vegas y luego tendré un fantástico fin de semana con él.

Eso espero. ¿Quién sabe con quién anda mezclado Danny Madley? Regan estaba convencida de que en el grupo tendría que haber más de un personaje sospechoso.